

## U n h o m b r e c o n l a s p i e r n a s e s t i l o L u i s X V

Es posible que todavía no se me note bien, porque se trata de un proceso bastante reciente; pero el hecho es que he empezado a convertirme en silla. Algo se puede ir viendo ya de esta mutación. Mi espalda, por ejemplo, ha empezado a adoptar la forma de un anatómico respaldo, sobre el que va a ser agradable inclinarse. Y otras partes no muy nombrables de más abajo - pero no sé si se alcanzan a distinguir ya-, se están transformando de a poco en el asiento, que promete ser acogedor y mullido. Mis tobillos, si se observan con atención, han empezado a formar delicadas molduras, porque parece que voy a ser una silla estilo Luis XV. Aclaro que no soy partidario de este estilo, a mi juicio relamido, y que no va para nada con mi temperamento; pero parece que así terminará siendo esta silla que trato de asumir de a poco: toda llena de rulitos y de afectación cortesana.

Debo proclamar que, aparte de esa inadecuación de estilo, he acabado sintiéndome feliz de convertirme en silla. Creo que seré mucho más útil a los demás cuando sea silla, que no en todo el tiempo en que fui un ser humano; como tal, bastante innecesario a todos los efectos. Yo me sentía relativamente cómodo siendo hombre, y si de mí hubiera dependido, habría seguido humano hasta el final. Que me enterraran en un cementerio entre un montón de buenos congéneres, y no como ahora, que terminaré, polvoriento, en alguna casa de antigüedades, si es que no me cortan en astillas para servir de leña en alguna estufa.

En realidad, este cambio de condición se me impuso desde afuera y sin consultarme para nada. La cosa tuvo su primera manifestación una mañana, hace ya unos cuantos meses, cuando bajaba en el ascensor del edificio donde vivo. De repente el ascensor se detiene en un piso y veo que una señora va a subir. Galantemente me adelanto a abrirla la puerta, pero ella me gana de mano, la abre con rotunda decisión, se mete en el ascensor y queda plantada a mi lado en actitud que me pareció levemente intrusiva. Me sorprendió que no me saludara ni me dirigiera una sola palabra.

Descubro que la señora era descomodamente gorda, pero lo parecía aún más porque venía envuelta en un saco de piel de desaforado espesor, tanto que aquella inmensidad hirsuta no cabía en el ascensor y su espalda peluda se refregaba contra mi nariz y mi boca. "Debe de ser piel de oso", pensé. "Tal vez la gorda misma le habrá retorcido el pescuezo en medio de la montaña con sus manazas llenas de anillos".

Bajamos los pisos que faltaban bien pegados el oso y yo. Silencio sepulcral. Cuando llegamos a planta baja, el oso no me dejó espacio para adelantarme a abrir cortésmente la puerta, de modo que la gorda procedió a hacerlo sin dilación y, si no me apuro, me cerraba la puerta en las narices. Fue en ese momento cuando me vino por primera vez la idea inquietante: después de todo, ¿estaría yo ahí? ¿sería realmente yo el que bajaba en el ascensor? Pensándolo bien, el oso entró en el ascensor mirando directamente hacia donde yo estaba, pero sin registrar para nada mi presencia, como si yo fuera transparente. Y ese silencio suyo durante toda la bajada... A un ser humano no se lo ignora de esa manera. Vaya a saber si yo no me había convertido en un bulón del ascensor, en tubo lux, o en el botón que dice PB.

"Al final, ¿uno qué es?", pensé también. "¿Uno es lo que es, o es lo que los demás ven de uno?" Y como la gorda me miró y me consideró cosa, eso puede querer decir que, a lo mejor, ya entonces había pasado a ser objeto inanimado.

"No haga caso", me dijo mi psiquiatra. "Lo que ocurre es que la gente, hoy está muy mal educada. Es una vergüenza. Estamos volviendo a la barbarie. Tranquilícese: yo le garantizo que usted es un ejemplar humano a carta cabal". Pero yo no me dejé convencer. Sentí que, por primera vez, había sido cosificado, y juro que no me hizo ninguna gracia.

Pasaron dos o tres semanas de aquel episodio infausto, que dejó en mi ánimo un sordo malestar. Una tarde tuve que ir a una oficina pública a retirar unos documentos. En el mostrador correspondiente, había una empleada con cara de pocos amigos. Me acerqué a ella con todas las precauciones del caso, porque no tengo un carácter lo bastante aguerrido.

"Buenas tardes, señorita. Venía a retirar unos documentos que solicité el otro día y que me dijeron que..."

En ese instante veo debajo de mi nariz una palma de la mano extendida hacia arriba. Era evidente que esa palma reclamaba algo, ¿pero qué reclamaría? Dada la atroz fijeza de los ojos que me taladraban, no me atreví a preguntárselo y preferí hacer trabajar la pensadora. Por suerte no tuve que revolver mucho: "Ah, claro. Esta mujer me pide la tarjeta del trámite. Qué distraído soy". Busqué tarjeta en bolsillos, encontré tarjeta, estiré tarjeta hacia empleada, empleada atrapó tarjeta, buscó en papeles apilados, descubrió documentos míos, colocó documentos míos delante de nariz mía, yo atrapé documentos míos.

"Ah muy amable, señorita", mentí, siempre precaucional. Señorita silencio completo, ningún gesto en cara. Yo media vuelta. Yo mandarme a mudar de apuro.

"¿Ve, mi querido psiquiatra? Segunda vez que me pasa. Yo no soy más yo. Esta vez fui portafolio o algo equivalente".

"Pero no, mi querido paciente. Lo que pasa es que los empleados están muy mal pagos. ¿Cómo va a pretender que encima hablen? Es la rebeldía natural del ser humano. Esa empleada estaba haciendo protesta activa".

"¡Protesta activa, Mongo!", pensé para mis adentros, pero no llegué a decírselo a mi psiquiatra porque corría el riesgo de que me acusara de delirante, como ya hace bastante tiempo que tiene ganas de hacer.

Lo malo fue que unos días después...

"Escúcheme, señor psiquiatra. Resulta que la otra mañana salí a comprar el diario que leo habitualmente. Me acerqué a un quiosco que hay en 18, y con mi mejor sonrisa... "Buenos días, señor. Quisiera el diario Tal".

Me extrañó cuando observé al tipo y noté que tenía su mirada clavada a la altura de mis solapas, pero era evidente que miraba sin ver, tal como si yo no existiera en el mundo. ¡Ah, conozco muy bien esa expresión que les dedicamos a los meros objetos que tenemos delante, y puedo asegurar que era la misma! Sentí un primer frío corriéndome por la espalda.

"Perdón", insistí con enormes cuidados. "¿Tal vez ya no le queda el diario que le pedí?"

No quiero asegurarlo porque prefiero no hacerme ilusiones; pero me pareció percibir que el diarero insinuaba un movimiento de "no" con la cabeza, lo que indicaría algún grado de humanificación. Fue apenas un atisbo, un vislumbre; tal vez inventado por mí para escaparle al pánico de la cosificación, que de a poco empezaba a subirme hacia la nuca.

Convencido de que allí no quedaba más que hacer, me encaminé hacia otro quiosco que se divisaba como a dos cuadras. Lo atendía un gordito con termo y mate en ristre.

"Buen día, señor. ¿Podría darme el diario tal?"

Doy fe de que era un obeso simpaticón, de ésos que pueden volverse un compinche

divertido en cualquier mostrador de boliche. Pero lo único que hizo fue exhalar un gutural "grmmm", que no dejaba lugar a dudas: me comunicaba locuazmente que se le había acabado ese diario. Yo, ya más ducho en estos nuevos códigos hablantes, me despedí y seguí viaje.

"¿Ve, psiquiatra, cómo tengo razón? A esa altura, yo era un vulgar objeto: un paraguas, una canilla, un alfajor".

"¡Pero no, mi amigo! Usted interpreta erróneamente los signos de la comunicación. Esa es gente demasiado cansada por el trajín brutal de estar sentados vendiendo diarios y revistas. No los juzgue mal".

"Sí", hube de reconocer para mis adentros. "Tal vez soy algo injusto con estos esforzados". Porque todavía fui a un tercer quiosco, donde me atendió un joven, y cuando le pedí el diario, escuché algo absolutamente inconcebible: "Pero, señor, ¡qué macana! ¿Usted sabe que recién, hace cinco minutos, me llevaron el último ejemplar? ¡Cuánto lo siento! ¿Quiere algún otro? No me gusta defraudarlo".

"Y le aseguro, amigo psiquiatra, que se mostró de lo más amable y que..."

Aquí interrumpí de golpe mi relato, cuando advertí la expresión horrorizada con que me miraba el psiquiatra. Tenía los ojos totalmente salidos de las órbitas: "¿Así que usted pretende que aquí en Montevideo un ser humano dijo todas esas palabras seguidas, y encima con amabilidad? ¡Ah, mi amigo!: ha sucedido lo que tanto me temía: usted ha entrado en la etapa alucinatoria de su paranoia galopante. Lamentablemente, tengo que proceder sin dilación".

Y de inmediato extraje de entre sus ropas un enorme chaleco de fuerza y me empezó a correr por todo el consultorio. Menos mal que logré escaparme por la banderola del bañito, pero puedo asegurar que me salvé en el anca de un piojo.

Sin embargo, lo peor, lo definitivo, llegó tres o cuatro semanas más tarde. Ahí ya no me quedó duda ninguna: tuve que admitir mi conversión en objeto. Fue el día en que un matrimonio amigo me invitó a tomar un whisky en su casa. El es abogado, ella economista. Pronto me fue dado comprobar que aquellos amigos de tan calificado nivel intelectual, me consideraban un jarrón chino.

Llego a la casa y de entrada noto que me saludan muy por arribita y me hacen sentar de apuro en un sillón del living. Otra vez la duda: "¡Pero qué raro! ¿Será que ya casi no se me ve?" Por suerte pude tranquilizarme porque me di cuenta de que lo que les pasaba era que estaban totalmente absorbidos, como es muy comprensible, por el final de una telenovela, ya que era el momento en que se venía a saber que el mayordomo y el chofer de la mansión habían sido hermanos de leche y ahora heredaban la fortuna colosal que les dejaba su madre, la anciana dueña del palacete, que era en realidad la hija del que ella había tomado por su hermano menor, y éste en verdad no era más que un aventurero de Transilvania mandado por un jeque saudita que.

Cuando terminó el berenjenal, tuvieron a bien apagar el aparato. Ahora sí podríamos empezar una conversación en forma. Pero en ese momento la señora le anunció al esposo -no a mí- que iba a preparar el whisky, y él le comunicó (a ella, no a mí) que tenía que hacer una llamada a no sé qué administrador de no sé qué negocios que les interesaban mucho. Este anuncio llevó a ambos cónyuges a una larguísima disquisición acerca de si convendría o no hablarle al tipo ése de las acciones de no sé qué compañía, que ambos tenían depositadas no me acuerdo dónde.

Mientras los esposos planificaban la delicada estrategia a seguir, yo, reducido a condición ausente, reparé en que al lado mío había un espléndido jarrón chino de la dinastía Tang, con el que empecé a sentirme extrañamente solidario. Enseguida se estableció una corriente de mutua

simpatía entre el chino y yo, a pesar de que detesto las manufacturas exóticas.

En ese momento cesó la deliberación marital, él salió a hablar por teléfono, ella a preparar el whisky, y yo me quedé a solas con mi amigo el mandarín, pero ahí empecé a sentir una difusa amenaza: ¿y si ella entraba ahora trayendo un recipiente con agua y un ramo de flores, y me los encajaba a mí en vez de colocarlos en el chino de al lado? ¡Si éramos casi gemelos! ¿cómo distinguírnos?

Pero no. Por suerte ella volvió con los whiskys, él de su llamada telefónica, y allí transcurrió cerca de otra media hora en que él debió explicarle a su consorte qué le había dicho al bendito administrador y, según la respuesta recibida, qué les convendría hacer con esas acciones de ahora en adelante. Y yo al lado del chino.

Pero al fin termina la deliberación, la señora me planta un vaso de whisky en la mano sin siquiera preguntarme cuántos cubitos, y todos quedamos prontos para iniciar la deseada conversación. Yo abro la boca para romper el fuego, formulándoles una pregunta especialmente original, del tipo: "¿Cómo andan, che, después de tanto tiempo?" O similar. Pero cuando ya tenía la boca preparada se abre la puerta con la mayor violencia, e irrumpen estruendosamente dos fierecitas de cuatro y once años respectivamente.

Los dos se dirigen sin demora hacia sus padres, y les relatan con todo detalle las andanzas de ese día, sin saltarse una sola. Los padres, embobados, los escuchan con arrobamiento, les festejan las estupideces más resonantes y durante las siguientes dos horas la conversación la dirigen los dos gurisitos, centrada exclusivamente en las aventuras de los Rugrats, las hazañas de los Pokemon y las alternativas del campeonato de babyfútbol en el que, como no podía ser de otra manera, participan activamente los dos tipitos éstos.

Una vez más pasé a sentirme excluido, inexistente, y lo peor: cosificado de un modo nuevo.

"Yo le aseguro, señor nuevo psiquiatra, que no tengo nada contra los nenes en general, y que éstos me parecen riquísimos. Lo único que pido es que se reconozca el hecho de que los mayores tenemos intereses y temas dispares, que no se pueden mezclar. ¿Le parece mucho pedir?"

"Advierto, mi estimado nuevo paciente, que usted ignora en absoluto cuáles son las corrientes predominantes hoy en psicoanálisis, en psiquiatría infantil, en el análisis comportamental, y en algunas otras disciplinas de reciente data. Hoy se ha comprobado que los infantes deben integrarse desde muy temprano al mundo adulto, y que si usted los rechaza y los excluye de su trato, eso puede provocarles una fractura expuesta en el Superyó, que andando el tiempo acaso despierte en ellos ciertos..."

"¡Muy bien!", exclamé yo, cortándole el chorro. "Pues entonces, si ellos pueden, los adultos también podemos. Con su permiso, señor psiquiatra".

Salí del consultorio hecho una tromba y me dirigí directamente a la casa de mis amigos. Primero me encaminé adonde se encontraba el nenito de cuatro años jugando con dos o tres compañeritos de jardinera. En el momento en que yo llegué, dos de ellos, que eran extraterrestres, le iban a arrancar los ojos al nenito dueño de casa, que era el terrícola.

Yo me planté resueltamente en medio del trío, y luego de evitar la masacre ocular, procedí exactamente igual a como lo hacen los chiquilines entre los mayores: "Chicos, chicos, ¿qué les parece a ustedes el Mercosur? ¿Creen que la crisis que hoy vive es definitiva? Unos temen que con el Mercosur nos vayamos a fundir, otros están seguros de que es la única oportunidad que nos queda, en un mundo donde la integración es inevitable. Claro: hay productores uruguayos que..." Y por ahí seguí.

¿Ustedes creen que ellos sonrieron, se regocijaron, me contemplaron arrobados, se plegaron

a mi conversación, me siguieron en mi perorata? ¡Ja! Al principio se desconcertaron, creyendo que yo estaba loco de remate, y me miraron espantados mientras yo seguía con mi discurso. Pero al cabo de un momento reaccionaron del primer estupor, y en lugar de alentarme a proseguir, me gritaron todos a una: "¡Andate! ¡No jorobes más, viejo boludígrafo! ¡No nos rompas más no sé qué cosas!", porque los nenes de ahora usan un lenguaje nada metafórico. Y como yo seguía impertérrito con el Mercosur, me echaron a empujones y me tiraron juguetes por la cabeza. Hasta llegaron a escupirme, sí señor. ¡Como si nosotros alguna vez los escupiéramos a ellos!

Pero yo no me amilané después de esta retirada vergonzosa, y enfilé derecho hacia donde estaba el otro monstruito, el de 11 años. Lo encontré reunido con cuatro o cinco más de la misma edad, chicos y chicas. Tenían puesto el tocadiscos a un volumen atronador y, naturalmente, estaban bailando rock y mascando chicles con fanática convicción. Pero justo en el momento en que entré en la habitación, tres muchachitas dejaron de bailar y se arrojaron sobre un varoncito, lo redujeron rápidamente y lo hicieron caer al suelo. La situación tomaba un cariz alarmante, ya que las tres gritaban a la vez como energúmenas: "¡Arriba el feminismo! ¡Viva Fanny ídola! ¡Muera el horroroso sexo masculino!"

Dos de las esbirras sujetaron al machito contra el piso, inmovilizándolo del todo, mientras la tercera se disponía resueltamente a violarlo. Antes de que las cosas pasaran a mayores, resolví intervenir. De un salto me planté ágilmente entre ellos, separé con rotundidad a los contendores, que quedaron estupefactos ante la inexplicable irrupción de un desconocido, y entonces yo, ni corto ni perezoso, comencé mi alegato ecológico: "¡Amigos! Yo creo que en este momento crítico para la supervivencia de nuestra especie, todos debemos tener una conciencia clara de los peligros que conlleva la destrucción sistemática de las áreas del planeta que son esenciales para el funcionamiento adecuado del vasto ecosistema que..."

Pero aquí hube de interrumpir mi exposición al advertir el tono amenazador que iba tomando la expresión de la cara de los adolescentes, que se tornaba más y más asesina a medida que pasaban los segundos. Noté que todos, como movidos por una misma determinación, comenzaron a desplazarse en mi dirección con intenciones que no parecían demasiado ecológicas: se diría que el tema no había hecho carne en ellos, como yo había descontado, tomando en cuenta que la juventud actual no deja de...

"¡Paren, anormales!"

Cuando salí del sanatorio al mes y medio, todavía con muletas y vendado, lo primero que hice fue dirigirme sin demora a la casa de mi psiquiatra. Me subí a un ómnibus que pasaba por la esquina y para mi asombro nadie me dio el asiento a pesar de mi estado calamitoso. Enseguida razoné: "No puede ser: ¡hoy la gente es tan gentil! Lo que debe ocurrir es que mi humanidad se nota cada vez menos. En fija que en todo este tiempo, la cosificación ha avanzado. Ya todos me consideran algo así como un mueble. ¿Pero qué mueble seré?"

Con esa duda encima, me bajé como pude ¡sin que nadie insinuara un solo ademán de ayuda! y me arrastré hasta la casa del psiquiatra. Toqué el timbre y poco después abrió la nurse. Miró para todos lados y, como me suponía, no registró mi presencia. De modo que volvió a cerrar la puerta, pero por suerte me pude colar justo a tiempo. En ese momento, el psiquiatra abrió la puerta de su consultorio y le preguntó a la nurse si no había nadie más para la consulta. "No, doctor, nadie más", le contestó la nurse para mi desesperación. Pero yo alcancé a hacerle unas señas al psiquiatra y por suerte me reconoció debajo de los vendajes.

"¿Ve, doctor, como yo tenía razón? Ya ni su nurse me distingue. Es que no se me ve más. Aquí me tiene, vuelto un objeto", y comencé a sollozar con inmenso desaliento. "Mi única

esperanza es que esto sea un mal pasajero, provocado seguramente por..."

"¿Pasajero?", rió destemplado el profesional. "¡Pero no sea iluso, hombre! Entienda que éste es un cambio irreversible, un nuevo giro que ha tomado la idiosincrasia humana. Si usted pretende que todo vuelva a ser como antes, será mejor que agarre una buena silla y que espere sentado".

Al oír estas palabras se me prendió al momento la lamparita. "¡Pero claro!", me dije. "¿Cómo no me di cuenta antes? Ya que debo convertirme en cosa, como todos nosotros, ¿qué mejor que una silla, desde la cual seguir con comodidad el cosificador general?"

Y en eso estoy, como explicaba al principio: avanzando día a día en mi proceso de sillificación. Lo único que me falta es aprender a expresarme como las sillas. ¿Pero de qué hablan las sillas? ¿y cómo hablan?

Me asalta una sospecha horrible, que no me deja dormir: ¿y si las sillas hablan de los mismos temas que los humanos?